

oportunamente, por el Coronel D. Victoriano Rivero, con ciento cincuenta hombres de su batallón, dió por resultado que murieran, Velazquez de un tiro de fusil, dividido Villafañá por otro de cañón, que también acabó con cinco hidalgos que trabajaban en la tala para que pudiese pasar la fuerza.

Naturalmente, esta circunstancia, que hizo retroceder casi en completa dispersion ambas fuerzas flanqueadoras, con la muerte de los que la encabezaban, dió á los contrarios una oportunidad para que abandonando la trinchera que ocupaban cargaran sobre los otros á la bayoneta, ayudados del batallón Ligero que vino de la plaza, y que los derrotaran completamente, causando estragos en las filas enemigas en medio de aquella confusion: cinco oficiales muertos, que lo fueron don Inocencio Antonio Velazquez, D. Marcelino Villafañá, D. Clemente Castellanos, D. Luis y D. José Porfirio Argüelles, treinta y cinco mas de la clase de tropa, ochenta y cuatro prisioneros entre los cuales se contaban los capitanes D. Isidro Gonzalez, D. Joaquin Loza, D. Domingo Castillo y D. Celedonio Trejo, toda su artillería con su parque y tiros respectivos, veinticinco cajas de parque de infantería, y todo su armamento, hé aquí el fruto de la victoria que obtuvieron ese día.

En aquellos mismos momentos, es decir, cuando las tropas que combatieron por el camino real de Izamal, recogian en el campo de batalla sus trofeos, la fuerza del Teniente Coronel Castillo que habia faltado á la combinacion, por haberla abandonado dicho jefe, un momento despues de su salida de Popolá, diciendo que el práctico que llevaba no sabia el camino, encabezada por los valientes oficiales D. Lázaro Jesus Ruz y D. Tomas Peniche Gutierrez, penetró, desviando la avanzada del camino de Popolá, hasta la plaza del barrio de Candalaria, en donde, primero, por las guardias de prevencion, dirigidas por los capitanes D. José Maria Castillo Sierra y don José Santa Ana, y luego por todo el resto de la guarnicion, fué rechazada completamente, terminando de este modo la memorable revolucion de 6 de Octubre de 1847, aunque ¡á cuanta costa! Esto lo veremos en el capítulo que sigue.

## CAPITULO VIII.

### Guerra social unida á la civil.—Pierdense las poblaciones mas interesantes del Estado.

Situacion de Yucatan despues del combate de Cetina en Valladolid.—Retírase con sus tropas para Espita, replegándose en seguida á Tizimin.—Dirige á D. Eulogio Rosado desde este punto, una enérgica comunicacion oficial.—Que cosas le decia y con qué motivo se la dirigió.—Abandona á Tizimin y se vá á Sucopo.—Su estada allí, sus pretensiones de ponerse en combinacion con Jacinto Pat, y el desbandamiento de casi todo el resto de su fuerza por esta causa.—Deja todo su armamento á los indios del referido pueblo de Sucopo, y se dirige á la Capital.—Sorprende la Ciudadela por segunda vez.—Alarma que causa en la Ciudad aquel acontecimiento.—Abandona su actitud hostil y se somete á la obediencia del Gobierno.—D. Santiago Méndez establece el Gobierno en Maxcanú, iniciando una política reconciliadora.—Convoca al Congreso del Estado á sesiones extraordinarias, marcando los puntos que debe resolver en vista de la situacion del país.—Reúnese el Congreso y dá varios decretos con tal motivo, concediéndole facultades extraordinarias, despues de cuyos trabajos cierra sus sesiones.—Inutilidad de estas medidas.—Progreso de la guerra social en el partido de Peto.—El Capitan D. Cirilo Baqueiro, marcha con fuerzas del 17.º en auxilio de dichas poblaciones.—Encuentro que tiene con los indios, primero en Sacalaca, y despues en Sabán en donde los derrota.—Establece su canton en Ichmul.—D. Miguel Bolio sale con tropas de Valladolid para unirse.—Caen los indios por primera vez á Ichmul, y se retiran, pero despues vuelven y lo sitian.—Heróica defensa que hace su guarnicion.—D. Eulogio Rosado marcha en su auxilio de orden del Gobierno.—Sitio que sufre en Tiholop.—Desocupacion de Ichmul.—Repléganse ámbas tropas á Peto.—Fusilamiento de unos treinta y seis indios en la Capital.—Intrigas de partido.—Instrucciones dadas á D. Eulogio Rosado por D. Santiago Méndez, para poner en práctica con los partidarios de Barbachano en Peto.—Aparente reconciliacion de D. Felipe Rosado con el Gobierno.—Reunion de tropas y de recursos para recuperar á

Ichmul y Tihosuco.—Los indios avanzan hasta Gonotchel.—Combate sangriento habido entre ellos y nuestras tropas en dicho pueblo.—Des-carada combinacion de los partidarios de Barbachano con Jacinto Pat. De qué manera se descubrió.—De qué manera se debe considerar.—Reunion secreta convocada en Peto, por D. Felipe Rosado, para sus-trair á la poblacion del dominio del Gobierno.—Desaparesen al siguiente dia, el mismo D. Felipe Rosado y sus partidarios, dirigiéndose al rancho Sacsucil.—Desértase casi toda la Guardia Nacional perteneciente á Peto.—Dirigense igualmente muchas familias á Sacsucil creyéndole un lugar sagrado.—Incauta creencia entre muchos, respecto de la buena fé de los indios como partidarios.—Sitio de Peto.—Los indios se presentan avivando á Barbachano.—Confusion de D. Eulogio Rosado.—Dudas é incertidumbres entre todos.—Mas intrigas.—No se hace una defensa formal.—Repléganse las tropas á Tekax.—D. Eulogio Rosado se abstiene de dar un parte oficial acerca de todo lo ocurrido.—Gran sensacion en la Capital.—D. Santiago Méndez nombra á Barbachano para tratar con Jacinto Pat; dá varios decretos relativos al afianzamiento de la paz, y luego viene á ella invitado por sus autoridades y vecinos principales.—Su solemne recibimiento.—Anúnciase que ha habido una reconciliacion general entre los dos partidos contendientes.—Proclama de D. Santiago Méndez con tal motivo.—Regresa súbitamente á Maxcanú sin embargo de eso.—Sale Barbachano para Tekax, acompañado de su Secretario y de una comision eclesiástica presidida por el Pbro. D. José Canuto Vela, Cura de la parroquia de Tecoh.—Sistema de Guerrillas adoptado en el partido de Tekax, contra los indios.—Establécense dos cantones militares, uno en Teabo y otro en Becanchen.—Expediciones practicadas en Teabo y en Tixmehuac.—Piérdese Becanchen.—Atrevida expedicion del valiente Capitan D. Laureano Pérez.—Explícate con que motivo la hizo.—Operaciones militares en el partido de Yaxcabá y Sotuta, desde fines de Diciembre de 1847.—Piérdese Yaxcabá.—Piérdese Sotuta.—Situacion del país despues de aquellos acontecimientos.—Horrible escasez de recursos para las atenciones de la guerra.—Mándanse recojer é inventariar las alhajas de los templos.—Auxilios dados al Estado por las autoridades de la vecina Isla de Cuba.—Fin del capítulo presente

DISIPADO el humo del combate de Valladolid, ¡qué espectáculo tan espantoso se presenta en Yucatan! Pueblos arruinados, templos destruidos, establecimientos rurales incendiados, el espíritu de partido mas exaltado, los ánimos confundidos, los bárbaros triunfando, los habitantes de los pueblos abandonando sus hogares, uno de los dos partidos contendientes en alianza con los indios, haciendo creer á

muchos que aquellos no hacen una guerra de exterminio, y quienes por cuyo motivo al extraviar de este modo la opinion, pierden tambien al país que desde entónces no ha podido formar su porvenir. Explicaremos detalladamente, uno en pos de otro, estos acontecimientos, dando principio con los sucesos relativos á los pronunciados despues de su derrota en Valladolid.

Una y otra fraccion, así los que combatieron por el camino de Pixoy, como los que lo hicieron por el de Popolá, al retirarse en dispersion se dirigieron todos ellos para Espita, replegándose en seguida á Tizimin, desde cuyo punto, Cetina en medio de su despecho dirigió á D. Eulogio Rosado una altiva comunicacion oficial diciendole,—son sus palabras las que vamos á extractar,—“que por un efecto positivo de la mala moral engendrada por la insubordinacion y mala disciplina de las tropas que aparentemente mandaba, que por la desarrollada propension al crimen de aquella horda terrible y famosa, habia sufrido la ley mas sagrada, una transgresion absoluta tan punible como inaudita; que los fueros de la guerra habian sido violados, haciendo de sus tropas regladas y comandadas, turbas multas y bandadas de asesinos; que una parte de prisioneros y heridos habian sido asesinados alevosamente, cuyos hechos de eterna execracion y cobardía demandaba y juraba reclamar hasta conseguir su mas completa satisfaccion; que en aquella inteligencia le prevenia que en el instante de recibir su comunicacion, procediese á entregarle la persona del criminal Claudio Antonio Heredia, como frio asesino de D. Inocencio Antonio Velazquez, á fin de que sufriese el castigo de la ley, pues de no verificarlo, estaba resuelto á obrar como conviniese, haciéndolo responsable de la guerra de exterminio y sin cuartel, que todos habian jurado seguir en venganza de las victimas sacrificadas.”

Pero aquello no era mas que un arranque de desesperacion de parte de Cetina. Ni habian sido asesinados alevosamente los prisioneros, ni contaba él, con elementos suficientes para

la guerra de exterminio con que amenazaba al Coronel Rosado, en venganza de las víctimas sacrificadas. No solo desde Espita, sino desde Pixoy, la fuerza se le habia ido desbandando por fracciones, reconociendo sus respectivas localidades, de tal manera, que solo habia llegado á Tizimin con tres ó cuatrocientos hombres del 1.º local, aunque llevando casi todo su armamento con la esperanza de reunir mas gente todavia, y volver á emprender sus operaciones con mas vigor sobre Valladolid.

Por esta razon, á los pocos dias, llevando siempre su armamento, se retiró á Sucopo en donde empezó á tener lugar el terrible drama que pronto iba á perder al país. Ya desde Mérida, pocos dias despues del pronunciamiento de la Ciudadela, se habia publicado un impreso suelto con el epígrafe de "muy importante," que decia entre otras cosas, lo siguiente: "Jacinto Pat, Caudillo principal de los indígenas que se habian insurreccionado, apénas tiene noticia del pronunciamiento verificado en Oitnup y Kancabchen, cuyo programa es el restablecimiento del orden legal, derrocado en 23 de Enero del año próximo pasado, cuando corre á unirse á los pronunciados con la gente y municiones de guerra que tenia á su disposicion, y cinco mil pesos en plata que espontáneamente les presenta.—Este suceso inesperado, cuanto alhagüeño, pone á la vista que la insurreccion de los indios, ántes de ella, no habia sido bien conocida y juzgada, ó á lo ménos, que si declinó por algunas circunstancias en una conspiracion contra la raza blanca, no tuvo en su origen ese caracter, y no fué otra su tendencia que la de sacudir el yugo impuesto al Estado por la administracion intrusa de 8 de Diciembre de 1846."

Con relacion á esto mismo, decia D. Antonio Trujeque á D. Eulogio Rosado, desde Tihosuco, con fecha 2 de Noviembre, explicándole su situacion, que el Comandante del Cuartel de Sabán, le habia dirigido dos extraordinarios, avisándole que los pronunciados que escaparon de Oitnup y Kancabchen, habian movido á todos los indios de los ranchos del Sur de dicho pueblo, con los cuales, meditaban ir

en busca de Jacinto Pat, que se habia retirado de nuevo a su escondite, con el objeto de invadir al referido Tihosuco. Por último, en Sucopo, habiendo reunido Cetina á los jefes y oficiales del resto de su casi desorganizada division, les manifestó la resolucion que habia tomado de ponerse en combinacion con Jacinto Pat para ocupar Valladolid, hecho que disgustó á varios de ellos, que se retiraron con parte de la tropa, segun declaracion dada á la primera autoridad de Motul, por D. José Maria Roca y D. Leonardo Falcon, así como por un jóven, que por este mismo motivo se presentó al Coronel Rosado al retirarse de dicho pueblo de Sucopo para su vecindad. Todo esto, pues, habia de producir funestos resultados como era de esperarse, debido al delirio de aquellos hombres, que aunque por cierto no extrañamos, porque nada de esto es nuevo en la política, ni eran ellos los primeros que lo hacian, de cualquier modo, desconsolaba amargamente, porque perdian al país, que difícilmente, como hemos dicho, habia de recobrar en adelante su porvenir.

Con todo esto, Cetina no se descorazonó, ni con la completa dispersion de la fuerza que servia á sus órdenes. Cuando se vió ya casi solo, obsequió á los indios del pueblo con todo el armamento, corraje y parque que tenia, por no contar con cabalgaduras para llevarlo; tomó en seguida el camino de Mérida con varios oficiales y cincuenta ó sesenta individuos de tropa que lo acompañaban; se apoderó en el tránsito de dos carros cargados de fusiles que iban á Valladolid; redobló su marcha para la Capital á donde llegó violentamente, y volvió á sorprender la Ciudadela valido de la poca guarnicion que en ella habia, aunque atónito al ver el imponente aspecto de la opinion, desistió de su propósito poniéndose á disposicion del Gobierno del Estado.

Tal era en fin, la situacion de Yucatan en Noviembre de 1847, despues de los sucesos ocurridos en Valladolid, época en que D. Santiago Méndez empezó á luchar en vano por reorganizar la administracion, pero no siguiendo las enérgicas doctrinas estampadas en su proclama al hacerse cargo del

Gobierno, sino por otras muy contrarias como en seguida se verá. Convencido sin embargo de la exaltacion del espíritu de partido, no vino á la Capital que le era adversa, sino que estableció el Gobierno con sus oficinas respectivas en Maxcanú, desde cuyo punto dió principio á sus trabajos de que nos vamos ocupar.

El primero de ellos que revela en sí la magnitud de la situacion que pesaba sobre sus hombros, fué convocar al Congreso del Estado á sesiones extraordinarias, con el objeto de resolver los siguientes puntos interesantes: dictar las medidas que le pareciesen mas eficaces á fin de restablecer el órden y la union entre los yucatecos: decretar los recursos necesarios para la consecucion de tan preferentes objetos, y por último, deliberar sobre cuantas iniciativas le dirigiera con tendencia inmediata á las circunstancias, así como al arreglo de la administracion.

El Congreso en tal virtud, celebró su primera junta preparatoria en 20 de Diciembre, habiendo decretado en 30 del mismo mes, despues de una larga y detenida discusion, una contribucion de cuatro reales mensuales durante seis meses, sobre capitales, sueldos y profesiones, para los gastos necesarios de la guerra expresando que lo habia hecho envuelto en mil dificultades, causadas por la miseria pública que nadie desconocia, y solo por la urgente necesidad de proveer al Gobierno de los recursos extraordinarios que con instancia habia pedido, para no verse en el duro y sensible caso de abandonar por falta suya la guerra que contra las otras razas habian promovido los indios sublevados: á continuacion dió cuatro decretos mas, siempre con el mismo objeto, relativos: el 1.º á que se procediese á ejecutar á los deudores de la hacienda pública en general y en particular, á los actuales ó anteriores, debiendo pasar el Tesorero General una nómina de ellos á los Subdelegados, para que de acuerdo con los jueces de 1.ª instancia de los respectivos Departamentos, procediesen desde luego á la ejecucion: el 2.º á conceder una amplia, cumplida y general amnistía á los que se pronunciaron el 6

de Octubre en la Capital, haciéndola extensiva á los de Tizimin, Oitnup y Kancabchen; el 3.º á suspender la admision de créditos contra la Hacienda pública mandados amortizar con la sexta, tercera y cuarta parte de los derechos de importacion; y el 4.º y último á conceder al Ejecutivo facultades extraordinarias, para dictar cuantas providencias gubernativas ó legislativas, juzgase necesarias, para el restablecimiento de la paz, consolidacion del órden, y mejora de todos los ramos de la administracion, cerrando en seguida sus sesiones.

Cualesquiera sin embargo, que hubiesen sido las medidas extraordinarias dictadas por la Legislatura, cualesquiera que hubiesen sido los esfuerzos del Ejecutivo en vista de ellas, infiltrado el espíritu de partido en la guerra que hacian los indios al Estado, no habia poder humano que restableciera el órden, ni que pudiera contener el torrente desolador de aquellos que validos de esta circunstancia, confundian los ánimos y adquirian victorias casi sin que se tuvieran que batir: al ménos despues de los sucesos relativos al sitio de Ichmul de que en seguida nos vamos á ocupar, todo lo demas fué complicacion é intriga que empeoró de una manera horrible la situacion. Vamos á hablar en esta inteligencia, de lo que habia ocurrido en Peto, es decir, en los pueblos de su partido, desde la pérdida lamentable de Tihosuco cuyos hechos abandonamos, como lo abandonaron las tropas del Gobierno, para tratar de los acontecimientos que uno en pos de otro habian tenido lugar, desde que Cetina abandonó Tixcacalcupul, hasta su completa derrota en Valladolid.

No sin razon decia D. Eulogio Rosado al vicario de la parroquia de aquella ciudad, víspera del combate, que al siguiente dia habia de tener lugar, que el partido de Peto estaba sufriendo mucho despues de la pérdida de Tihosuco; que se habian perdido algunos pueblos como Saban, Chikinonot y Sacalaca, y que otros muchos se iban á perder tambien. Los indios habian avanzado en efecto hasta Sacalaca, las familias despavoridas, emigraban, los pocos guardias nacionales que se habian replegado á Peto se desorganizaban, no contándose

en tan críticas circunstancias, que era lo mas triste de ello, ni con tropas suficientes para rechazar á los audaces vencedores, pero ni mucho ménos con elementos para poderlas sostener.

Afortunadamente D. José Domingo Sosa, que vió el peligro en que quedaron los pueblos fronterizos á Tihosuco, desde la separacion de D. Miguel Bolio que con sus tropas los cubria, pidió al partido de los chenes de acuerdo con el Gobierno, una fuerza para auxiliarlos, habiendo salido con tal motivo de Hopelchen, el capitan D. Cirilo Baqueiro con cerca de doscientos hombres de su Batallon; dirigiéndose á marchas redobladas á Tekax, en donde inmediatamente que llegó, recibió instrucciones del mismo D. José Domingo Sosa, para que pasara á Peto, é incorporando á la fuerza que llevaba la que allí encontrase, marchase en seguida á donde conviniese, á fin de poner un dique á los avances de los indios.

Baqueiro cumplió en efecto con las instrucciones que le dieron. Luego que hubo llegado á Peto, incorporó á su fuerza la que habia desocupado á Tihosuco, marchando en seguida de esto á Oonotchel, de donde partió el 24 de Noviembre para Sacalaca, por haber adquirido noticia positiva de que allí se hallaba atrincherado el enemigo. Entónces la fortuna que habia sido adversa á los defensores de Tihosuco, le fué á él propicia porque desalojó á los indios de dicho Sacalaca, con pérdida de doce muertos así como de algunas cosas de las que habian tomado en sus anteriores correrias, pertenecientes á las familias emigradas.

A los pocos dias, el mismo Capitan Baqueiro, se desprendió de Ichmul, en donde habia establecido su canton luego que salió de Sacalaca, habiendo caido súbitamente sobre Saban de donde igualmente desalojó á los indios á quienes hizo mas de cien muertos que quedaron tirados en las calles, tomándoles ademas treinta y seis fusiles, un barril de pólvora, todos los víveres que allí tenian y otras cosas con las cuales se retiró en seguida al mismo Ichmul, para no dar lugar á que lo fuesen á sitiar. La noticia de este acontecimiento que fué comunicada por extraordinario á Peto, así como al Gobierno

del Estado, realentó á los pueblos é hizo que se dictáran medidas mas eficaces para reconquistar los lugares que se habian perdido.

Con este motivo, D. Miguel Bolio que habia seguido la retaguardia de los pronunciados hasta Valladolid, salió de dicha ciudad, con direccion á Ichmul, llevando una respetable seccion que se componia de una parte del 16.º de Campeche, de otra del 1.º local, de una del 17.º de los Chenes, y la última de las compañías de Xul, Tekax y Becanhen, con cuya fuerza habia hecho la campaña de Tihosuco. A los pocos dias esta seccion estaba yá en Ichmul, no sin haber sufrido en Ekpeo, uno de los pueblos de su tránsito, un sitio que al fin tuvo que forzar para poder continuar á su destino. Una vez allí D. Miguel Bolio, se hizo cargo del mando de las tropas que operaban, disponiendo caer con todas ellas sobre Tihosuco distante seis leguas nada mas de Ichmul. Los indios sin embargo, no dieron lugar á que se les fuese á batir.

El 5 de Diciembre, encabezados por un caudillo famoso llamado Luciano Ve, se anunciaron por el camino de Saban y de Tihosuco con tal audacia, que no solo cargaron con ímpetu sobre la plaza, sino que rechazados en su empuje, gracias al valor con que supo portarse la guarnicion, volvieron por segunda vez á dar la misma carga, formando en seguida sus atrincheramientos á cuarenta pasos de la línea de defensa, en donde se sostuvieron cuarenta y ocho horas, hasta que habiéndoseles batido por guerrillas que flanquearon sus parapetos, se retiraron dejando en su fuga diez y nueve muertos; pero ofreciendo volver á los ocho dias, habiendo cumplido su palabra con toda exactitud.

El 19 de Diciembre á las diez del dia, cuando mas tranquila estaba la guarnicion, y cuando solo se esperaba cierto auxilio para marchar sobre Tihosuco, una descarga de fusileria por el camino de Chikinoot, así como una griteria por toda la línea de defensa, anunció á las tropas que Ichmul estaba sitiado yá. En el instante los Jefes principales que se dirigieron al cuartel, pusieron la fuerza sobre las armas, y orga-

nizaron dos ó tres guerrillas que confiaron á las órdenes del capitán D. Leandro Pavia, para que marchara por donde primero se había presentado el enemigo, es decir, por el camino de Chikinonot. El Capitán Pavia, uno de los que mas se distinguieron entre sus compañeros de armas cuando eso, se batió con un denuedo y una bravura que dejó espantados á cuantos le vieron: los indios, sin embargo, favorecidos de su número, no necesitaban de táctica para vencer. Cuanta fuerza salía de la línea, era diezmada por las balas que llovían por todas partes, pues no había un lugar por donde no se hiciese fuego.

En el espacio de ménos de dos horas, se encontraban ya en el hospital setenta y cinco heridos, habían perecido mas de cuarenta hombres, y estaban ocupados los caminos de Tihosuco, Sabán, Ekpeo y Tonxoc. Sin embargo, no se desesperaron con esto los sitiados. D. Miguel Bolio, á pesar de no estar obligado á ello por su carácter de jefe principal, se puso al frente de una fuerza y marchó á batirse por el camino de Sabán. D. Cirilo Baqueiro hizo lo mismo con guerrillas de su batallón por el de Tihosuco, en cuyos lugares se estuvieron batiendo casi todo el día, hasta que convencidos de que no era posible flanquear al enemigo, por haber prolongado éste sus emboscadas hasta la distancia de mas de un cuarto de legua á retaguardia de sus parapetos, se retiraron á la plaza con el objeto de dictar las medidas que fuesen necesarias para su defensa. A las cuatro de la tarde, despues de todo esto, se situaron en una altura para observar lo que pasaba. Entónces el sitio se había cerrado completamente; las descargas de fusilería se multiplicaban en la línea porque los indios, forzando los flancos por solares, todavía insistían en ocupar por fuerza las avanzadas, en una de las cuales, haciendo prodigios de valor el Capitán Pavia por rechazarlos, le gritaba á sus soldados sin arredrarse ante el peligro, *¡de frente valiente 1.º!*

Al siguiente día, el sitio estaba mas estrecho: las trincheras enemigas solo distaban treinta pasos de la línea de defensa: los defensores de la plaza se esforzaban todavía, pero eran

mas las desgracias que recibían: se había echado mano de unos cosacos para ver si se conseguían ventajas de ellos; pero rápidamente habían sido derrotados, descuartizados los que cayeron prisioneros, y paseados sus cráneos por la línea para infundir terror: se les había enviado un auxilio de Peto, conduciendo víveres suficientes, mas éste no pudo penetrar por mas que quiso.

En este estado de cosas, el Gobierno que sabía la situación de Ichmul, dispuso que D. Eulogio Rosado que había llegado á la Capital con ochocientos hombres, en persecución de Cetina que como hemos dicho se había dirigido allí, fuera con toda su división á auxiliar dicha plaza, debiendo pasar para el efecto por el partido de Sotuta. Y D. Eulogio Rosado cumplió en efecto con lo que se le previno; mas como no solo tuvo el inconveniente de que lo sitiaron en Tiholop, cuyo sitio tuvo que forzar con pérdida de ocho ó diez heridos, entre los cuales se contaban los oficiales D. Isidro Gonzalez y don José Santa Ana, sino que allí tuvo la noticia de que se había desocupado Ichmul, entónces cambió de dirección, dirigiéndose á Peto con sus tropas.

En efecto, cuando habían trascurrido ya seis días de estrecho sitio sin víveres para sostenerlo, cuando al soldado no le quedaba mas que un cartucho para abrirse paso, cuando mas de cien heridos penaban en su lecho de dolor, sin médicos que los asistieran, se dispuso la desocupación de Ichmul, saliendo con todas las familias por el camino de Celul.

A las cinco de la tarde salió la primera sección en unión de todas las familias, llevando á los heridos y á San Bernardino de Sena, patrono de la Iglesia, que recibió un balazo en la planta de la mano al cruzar la plaza: á las seis salió la segunda sección, y por último, á las oraciones de la noche el pueblo quedó abandonado. A las dos horas la división pasaba por el pequeño pueblo de Celul, y mientras los Jefes y oficiales contemplaban el incendio del campamento que habían dejado, el sacristán de la Iglesia de Peto anunció á la población que por el Oriente había observado un resplandor viví-

simo. ¡Era Ichmul devorado por las llamas! Muy pronto iban á salir de toda duda.

El 25 de Diciembre á las dos de la tarde, aquellas tropas que habian luchado heroicamente; pero que habian luchado en vano, porque en pos de ellas iban á venir terribles cosas, hicieron su entrada en Peto con todos sus heridos é innumerables familias que las precedian. En seguida llegó igualmente D. Eulogio Rosado con su division, habiéndose hecho cargo de orden del Gobierno, de todas las demas. Pero ¡ay qué de calamidades y de intrigas desde entónces!

Acaso como un aviso de lo que iba á suceder despues, hubo hasta la triste coincidencia de que la desocupacion de Ichmul, fuese anunciada en la Capital con un acontecimiento que no nos es posible callar. El 28 de Diciembre al rayar el alba, las campanas de la ciudad doblan tristemente; los clérigos haciendo crugir sus sotanas por la violencia de sus pasos, corren presurosos á la Ciudadela, la guarnicion está sobre las armas, treinta y seis indios presos por conatos de conspiracion, á quienes acaban de quitar sus grillos y cadenas, son puestos en formacion, haciendo que den vista á la campaña. . . . un momento despues, se escuchan tiros multiplicados de fusilería. ¿qué es lo que pasa, qué es lo que sucede? Es que están ejecutando á esos treinta y seis reos que caen unos en pos de otros empapados en su sangre. Apartemos nuestros ojos de ese espectáculo aterrador, no solo por el horror que inspira, sino porque no es este precisamente el acontecimiento á que nos hemos referido en el párrafo anterior. Otras son las cosas que ahora nos llaman la atencion.

Persuadido D. Santiago Méndez de las relaciones que el partido de Barbachano tenia ya con los indios sublevados, al ménos con los que hacian la guerra por el rumbo de Tihosuco, previendo las consecuencias que de ellas iban á resultar, razon que tuvo para que dejando á un lado su proclama del mes de Octubre, iniciara una política reconciliadora, y siendo Peto el lugar de la Península, en donde aquellos hombres contaban con mas adictos, relacionados casi todos ellos con

Jacinto Pat, dió instrucciones á D. Eulogio Rosado, para que cuando allí llegara, los llamara á todos con la oliva de la paz: que les diera toda clase de garantías; que les entregara los puestos públicos que quisiesen; que á D. Felipe Rosado, decidido partidario de Barbachano, lo hiciera Jefe Político del partido, que lo hiciera Coronel del batallon de Guardia Nacional, y por último, que si para cimentar la paz, era necesario desconocerlo, lo hiciera con la fuerza que tenia á sus órdenes, dándole cuenta inmediatamente de aquella resolucion. D. Eulogio Rosado en su virtud, hizo un llamamiento general á todos; bajó de su rancho Sacsucil á D. Felipe Rosado, lo hizo coronel del batallon de Guardia Nacional, le ofreció la Jefatura Política del partido cuyo destino rechazó, y por último, hasta salió á pasear con él para que vieran sus amigos que todo se habia concluido ya. De tal manera influía D. Felipe Rosado en la balanza política del Estado, y tales eran las cosas que tenia que hacer D. Santiago Méndez, degradando en cierta manera la autoridad, con tal de restablecer la paz. Medidas inútiles, por su puesto, como nos lo acredita la experiencia, porque mas bien sirven para enorgullecer en medio de su ceguiedad á los contrarios á quienes se halaga, que para traerlos al buen sendero, estableciendo de un modo definitivo la tranquilidad.

Para hombres que tienen expedita la cabeza y pueden pensar con imparcialidad, subalternando el corazon al pensamiento, convenimos en el acierto de esas providencias; pero para aquellos que ciegos en medio de su delirio, no piensan con la cabeza sino con el corazon, eso es lo mas inútil que se pueda dar. No era posible que los partidarios de Barbachano en la situacion en que se encontraban, reconocieran la generosidad con que se procedia, pero ni mucho ménos el patriotismo que en eso se buscaba. Hablando con franqueza, lo único que en esos casos se consigue, es el desprestigio de la autoridad que debe siempre conservarse con todo su esplendor.

Verdad es, que al principio de la reconciliacion, se pudo conseguir la reorganizacion de la Guardia Nacional, que des-

de el pronunciamiento del mes de Octubre andaba errante por los bosques y ranchos inmediatos á la Villa, verdad es que hasta hubo cierto acuerdo en todo lo concerniente al servicio público entre D. Felipe Rosado y su pariente D. Eulogio, mas nada de esto era de buena fé de parte del primero que no veia ni pensaba en otra cosa, mas que en el triunfo definitivo de Barbachano, del cual consideraba decididos partidarios á los indios.

Por último, reunidos mas de dos mil quinientos hombres, acopiados víveres suficientes y formada una extensa línea de defensa en derredor de la poblacion, no solo se habia pensado en conservar á Peto á todo trance, sino aun en ir á recuperar á Ichmul y Tihosuco, persiguiendo de frente á los sublevados hasta hacerlos desaparecer por fin. Los indios, sin embargo, aprovechandose de sus victorias, no quisieron retroceder, sino al contrario procuraron avanzar. Parece que comprendieron que el triunfo es una garantía moral, parece que conocieron que no debian dormirse sobre sus laureles, razon por la que, despues de haber recorrido varios lugares de la comarca por donde no habian estado como Oitnup, y Kancabchen que desolaron completamente, se desprendieron de su cuartel general de Tihosuco, viniendose en seguida en número como de tres mil á Oonotchel, distante cuatro leguas de Peto nada mas, á donde se hizo necesario que los fueran á batir.

El 20 de Enero de 1848 en vista de esto, salieron dos secciones de la plaza; la una mandada por el primer Ayudante de infantería local D. Angelino Gaudiano; encabezada la otra, por el Capitan Ongay á quien hemos conocido mucho en sus campañas de Tepich; la primera se componia de una parte del 16.º de Campeche, en union de otra del 17.º de los Chenes á las inmediatas órdenes de D. Cirilo Baqueiro; componíase la segunda de fuerzas del batallon *Ligero*, nada mas. Ongay debia pernoctar en un rancho llamado Pich para romper el primero sus fuegos á retaguardia de Oonotchel; Gaudiano debia hacer lo mismo en Nohcacab para dirigirse al

siguiente dia al mismo punto, no debiendo romper sus fuegos hasta que no lo verificase Ongay. Formada de esta manera la combinacion, D. Eulogio Rosado esperaba un triunfo decisivo que acaso podia cambiar la situacion del país, confiado no solo en la pequeña distancia que ambas fuerzas tenían que atravesar, sino en las fuerzas mismas que siempre se habian hecho distinguir por su valor. ¡Engañosas esperanzas nada mas!

Verdad es que la seccion que partió de Nohcacab, al rayar el alba del dia siguiente, cumplió con las instrucciones que le dieron: forzó trincheras y emboscadas en todo el tránsito, consiguió llegar al cabo de Oonotchel en cuyo lugar se sostuvo un rudo combate, por esperar al Capitan Ongay que debia romper sus fuegos á retaguardia; pero este nunca pareció, razon por la que se retiraron aquellas tropas, despues de haber gastado mas de cien tiros de metralla, y de haber tenido mas de cien hombres entre muertos y heridos fuera de combate, siendo casi todos estos del 17.º. El Capitan Ongay, faltando á las instrucciones que se le dieron, así como á sus deberes de soldado, se embriagó en el rancho Pich, de donde debia partir para Oonotchel, habiendo sido esta la causa no solo de que dejara abandonados á sus compañeros de armas, sino de que permaneciera mas de veinte y cuatro horas sin efectuar su regreso á Peto, cuando la seccion que marchó por el camino de Nohcacab lo verificó el mismo dia, haciendo su entrada con todos sus heridos, aunque no sin causar á los hombres de buen sentido y de corazon un gran disgusto por las desgracias que veian venir despues.

Y ciertamente que habia razon para que esos hombres, aunque pocos, se sintieran entristecidos despues del desastre de Oonotchel. Entónces, fué cuando acabó la aparente reconciliacion de D. Felipe Rosado, con su pariente D. Eulogio, desde entónces fué cuando el espíritu de partido se descaró de tal manera, que nada se pudo conseguir en obsequio de la paz. Cuando se escuchaba en Peto el ronco tronar de la artillería, llevada con gran trabajo por las tropas que partie-